

“SOY EL ASTRONAUTA QUE FLOTA POR UNA CIUDAD”: IMAGENES Y TRANSMUTACIONES EN EL TEXTO POETICO DE JAVIER CAMPOS

Renato Martínez
Cornell College

La poesía de Javier Campos ha ido mostrando, en diversas etapas, las vivencias del yo poético avocado a existir en una ciudad modificada por las circunstancias históricas del exilio y por los sucesos que lo produjeron. Es un antagonismo entre la ciudad y el universo. Gastón Bachelard había visto una “rivalidad dinámica de la casa y el universo.”¹ Es evidente, sin embargo, que los vientos de una adversidad común fácilmente disipan los paréntesis propuestos por la fenomenología. Es así como el propósito de aislar la experiencia humana colectiva de la individual, percibida por un “yo” trascendente, se convierte en una práctica de futilidad. Definitivamente, se van desvaneciendo los muros hogareños, mientras que la ciudad — ámbito innegable del “nosotros” — se vuelve familiar e íntima.

La añorada ciudad natal o la extraña ciudad adoptiva; la soledad de la voz poética separada de su contorno humano original, son temas predilectos, no sólo en la poesía chilena del exilio, sino que en el exilio como desventura humana en general. Pero nos interesa el caso de Chile. Los antecedentes de la obra de Javier Campos son variados: *Oh buenas maneras* (1975), y *Fugar con juego* (1984) de Omar Lara²; *A partir de Manhattan* (1979) de Enrique Lihn³, *Bajo ciertas circunstancias* (1978), poema de Walter Hoefler⁴, *La ciudad* (1979) de Gonzalo Millán⁵ y *Mal de Amor* (1981 y 1986) de Oscar Hahn⁶, entre otros. No obstante, la obra de Campos es novedosa. La voz poética adopta un carácter personalísimo — particularmente en su último libro, *Las cartas olvidadas del astronauta* (1991) —⁷ que, escapando de la tónica antipoética dominante en la poesía chilena de los últimos años, toma un tono grave, profundamente doloroso que no se veía desde la Mistral.

Hay, sin embargo, otros niveles más allá del estilo, en que la poesía de

Campos parece mostrar toda su originalidad. Tomados los tres poemarios publicados por el autor — *Las últimas fotografías* (1981)⁸, y *La ciudad en llamas* (1986)⁹, son los dos primeros —, se advierte una unidad temática aglutinada en torno a ciertas imágenes urbanas y a la relación de la voz poética con estos espacios y sus circunstancias. Los libros se van despegando entre sí, como unidades definidas, en un ritmo un tanto minimalista. La experiencia de la voz poética también se va metamorfoseando lentamente mientras cumple las necesarias etapas del exilio. En *Las últimas fotografías* se advierten las primeras extrañezas derivadas de vivir en una ciudad que, a fuerza de violencia y de terror, pierde la fisonomía que daban su familiaridad. *La ciudad en llamas* muestra a la voz poética en una segunda etapa, en su percepción de la nueva urbe: la ciudad de adopción. Finalmente, *Las cartas olvidadas del astronauta* — texto que analizaremos brevemente aquí —, exhibe la imposibilidad del regreso. Aunque el espacio familiar y el del exilio se conecten, ya no habrá la percepción de una duración que permita la continuidad de una existencia en la otra. La conciencia de la voz poética no tendrá paz nunca más.

Ejemplar es el tercer poema de la primera sección: “Carta primera” (17):

- 1 Son tan viejos los árboles de esta Alameda
- 2 Son viejísimos los vendedores que me persiguen
- 3 Son pájaros frágiles de la oscuridad
- 4 Las solitarias parejas de amantes adolescentes
- 5 Viviendo congelados en los bancos de los parques
- 6 Podridos están los carteles de milenarias películas
- 7 El rostro de un famoso personaje malvado
- 8 Revolotea por el aire y las murallas
- 9 Como una loca, invisible y amarillenta fotografía
- 10 Soy el astronauta que flota por una ciudad
- 11 transformada en una gigante pantalla de televisión

El sema nuclear de este poema, entre los versos 1-9, se puede identificar como “reminiscencia”. La voz poética recorre paisajes familiares, perdidos en un tiempo anterior. Los signos están marcados por el carácter [viejo]: viejos son los árboles, los vendedores ambulantes, [podridos] los carteles del cine, [amarillenta] la fotografía. En el verso 9, sin embargo, hay una ingramaticalidad que conduce a un cambio de tono. El marcador [invisible], aplicado a la fotografía antigua, hace imposible una lectura mimética — realista — de los versos anteriores. Ya no es la realidad, sino una visión de la realidad en que confluyen imágenes precipitadas por el recuerdo, talvez impulsadas por la presencia del yo poético en el lugar, después de muchos años de ausencia. El verso 10 introduce al narrador lírico definido como “astronauta” y los versos 10 y 11 a la ciudad, analogada con una “pantalla de televisión”. Ambos motivos — astronauta y ciudad — se desplazan por todo el libro.

El verso 10, “Soy un astronauta que flota por una ciudad”, es una variación

del texto hipogramático “soy el desarraigado que ya no encontrará hogar en ninguna parte.”¹⁰ Este texto que, no sería arriesgado decir, es implícito en toda la poesía del exilio, es particularmente prevalente en el texto poético de Javier Campos. Las transmutaciones de la misma imagen se continúan: “Soy el personaje de una película muda y del color de la luna” (15), “Soy el astronauta de una nave en ruinas / Destruyeron todas mis posesiones” (16), “Soy ahora el astronauta de una casa a oscuras / Que viaja por debajo de esta ciudad bombardeada” (16), “Soy el astronauta que baja de una nave / A contemplar su casa sin muebles” (18), “Soy el astronauta que busca algo / Para romper este traje ardiendo del exilio”, “Soy el astronauta que siempre delira / Llamando a una puerta con llave” (19), “Soy el astronauta que llegó a un país que no existe más” (20), etc., etc.

La imagen del astronauta muestra vívidamente la ingrevez, la gradual pérdida de sustancia de quién carece de contacto con la materialidad fundamental de la tierra de origen. Es un astronauta que ha sido tocado por el destierro, que vive en el espacio y que, aunque ahora su ámbito sea el universo, añora su ciudad natal y su casa. En cada caso, el personaje está vinculado a un topos que ya no existe como tal. Este ámbito es, tanto la ciudad destruida, bombardeada, irreal, vista como una imagen de televisión, como la casa cerrada con llave, desamoblada.

Tan ingravida como la imagen del astronauta es la del ave, que es una modificación más del mismo hipograma. Esta transmutación hipogramática, con una excepción, se hace evidente a partir de la cuarta sección: La última carta del astronauta. “Soy un pájaro en cenizas / Que mira y canta antes de morir” (22), “Yo siempre seré tu golondrina en llamas que regresa” (35), “De tu mismo amor salí entonces / Un pájaro demente y luminoso” (36), “Soy el cartero enamorado que no quiere entregarte nada / Un pájaro doméstico que vuela con un bastón blanco” (37), “Yo sólo deseo entrar por tu ventana a dormir contigo / Y dejarte soñando que soy una golondrina inválida / Golpeando los cristales de tu ventana” (38), “Siempre seré el pájaro que sueña estar lejos de tí / Pero que sólo quiere esconderse en tu casa” (40), etc.

Como se aprecia, la imagen del ave se asocia, no tanto a la ciudad, como a la pérdida del amor y de un espacio familiar. También, expresa la ambigüedad y la recurrencia del sentimiento amoroso: “No me sigas porque soy yo quien realmente te busca / Soy yo el que te espía tras tu ventana cuando te desnudas” (37). Las emociones vuelven inevitablemente, como las golondrinas, sin embargo siempre se pierden. “Todo poema con el tiempo son las mujeres que nos dejaron” (50). Es la fragilidad de la emoción, que va desde el fuego a las cenizas:

Estoy ardiendo de amor por tí
Y a pesar de que muero en las hogueras de tus viñas
Resucito de esas cenizas amorosas

Para volver a ser un pájaro melancólico
 Un pedazo blanco de la luna embriagada
 Que pasa veloz por tus ojos una y otra vez (36)

De este modo, la intolerable ingravidez del astronauta, ciudadano del universo, pero desterrado de esta tierra, se va enredando con la soledad del pájaro, ya en llamas como en cenizas; amante-golondrina que ha perdido su nido y siempre regresa a una rama del jardín de su amada. No cabe duda de que *Las cartas olvidadas del astronauta*, poemario premiado con el galardón "Letras de Oro" 1989-90, representa, no sólo un enriquecimiento en la poesía de Javier Campos, sino que una sustancial contribución a la creación poética de las letras hispanoamericanas contemporáneas.

NOTAS

- 1 Gastón Bachelard. *La poética del espacio* (México: Fondo de Cultura Económica, 1965) p. 83.
- 2 Omar Lara, *Oh buenas maneras*, (La Habana: Casa de las Américas) 1975. *Fugar con Juego* (Madrid: Editorial Lar) 1984.
- 3 Enrique Lihn, *A partir de Manhattan*, (Valparaíso, Chile: Ediciones Ganímedes) 1979.
- 4 En *El correo de Valdivia*, Valdivia, Chile, 9 de Febrero de 1978.
- 5 Gonzalo Millán, *La ciudad*, (Quebec, Les Editions Maison Culturelle Quebec-Amerique-Latine), 1979.
- 6 Oscar Hahn, *Mal de amor*, (Santiago, Chile: Ediciones Ganímedes) 1986.
- 7 Javier Campos, *Las cartas olvidadas del astronauta* (Miami: Letras de Oro, University of Miami) 1991.
- 8 (Montevideo: Alkali) 1981.
- 9 (Concepción, Chile: Ediciones L.A.R.) 1986.
- 10 En este trabajo se siguen algunas definiciones y presupuestos planteados por Michael Riffaterre en *Semiotics of Poetry*, (Bloomington, Indiana: Indiana University Press) 1978. Hipograma es un signo o grupo de signos que sirve como texto de referencia para el nuevo texto poético (p. 22, y 23-46).